



VII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2005.

CATEGORÍA ADULTO: Tercer Premio

Relato premiado:

“Ayeres que volaron con el aire del Moncayo”

Autor / a: Isabel García Viñao. Jaca (Huesca).

AYERES QUE VOLARON CON EL AIRE DEL MONCAYO

Los últimos rayos acariciaban y languidecían en los vetustos sillares del castillo de Trasmoz. El sol iba siendo tragado muy temprano por una de las cimas del Moncayo, dando origen a días de noches largas al tratarse de fechas inmediatas al solsticio de invierno. Las montañas de la sierra ensombrecen enseguida a los pueblos salteados en su somonte, y suelen ser los castillos ubicados en las colinas, altivos y enhiestos, los últimos centinelas que reciben el débil calor y color de los rayos de los atardeceres.

Pablito estaba acostumbrado a escuchar en boca de su abuelo las múltiples desgracias que habían ocurrido desde el pasado en la familia; un pasado rebotante de infortunios, fatalidades casi endiabladas y contratiempos. En definitiva, lo que les sucedía era que, desde tiempos remotos, cuando les acechaba muy de cerca la mala suerte, ésta caía al final como un mazazo sobre ellos. Eran ya demasiadas las desdichas que iban acaeciendo en la familia de los Chueca y por ello, el abuelo no se cansaba de repetir: *“parece que el diablo está siempre detrás de la puerta”*, y además, estas palabras solía pronunciarlas con cierta asiduidad.

Desde pequeño, esencialmente en las tardes otoñales y aún con más frecuencia en las del frío invierno, se sentaba con orgullo en el banco de la cocina al lado

del abuelo y escuchaba atento sus historias. El fogaril, con buena leña de roble y algún nudo teoso de pino negro, les iluminaba el rostro; un rostro surcado en el abuelo Lucas por el devenir del tiempo a la dura intemperie en las montañas del Moncayo y, radiante, y con el lozano esplendor de la juventud en el nieto. Los pies del pequeño Pablo colgaban del asiento del banco todavía a mucha distancia del suelo. El nervioso balanceo de sus piernas denotaba, sin duda, la inquietud del niño por conocer el desenlace de las historias de las que, lógicamente, todavía no llegaba a comprender casi nada. El abuelo, con la lentitud propia de unos dedos deformados por el duro trabajo en el campo, iba liando los cigarrillos y al tiempo que los consumía, le iba relatando historias de su familia y también de otras familias del pueblo o de los alrededores; algunas de ellas, de lo más calamitosas. El papel de los cigarros se iba tiñendo progresivamente de un color terroso pajizo por el contacto de la saliva con la nicotina. Las colillas apagadas acababan pegadas a la comisura de sus labios. Unas veces, se adherían al labio superior, otras al inferior e incluso quedaban como encoladas a ambos, desfigurando la forma de su boca que quedaba combada cuando hablaba hacia uno de los lados para evitar que se cayeran.

- *Mira, Pablito, hoy te voy a contar lo que le sucedió a tu bisabuelo.*
- *¿El bisabuelo era más viejo que tú, abuelo?*
- *Por supuesto, Pablito, tu bisabuelo era mi padre.*
- *Pero, entonces, ¿mi padre también es bisabuelo?*
- *Luego te lo explico, chicorondón.*
- *Ah, bueno.*
- *Pues, escucha, Pablito. Un día, tu bisabuelo volvía de un molino, situado en el río Huecha, con el macho por un camino de herradura con dos talegas de harina. Con ella se preparaba el pan en el horno del pueblo que servía de alimento principal para toda la familia. Sabes, éramos muchos, porque tú eres solo pero yo tenía once hermanos. De pronto, del interior de una mata de enebro surgieron unos ruidos muy extraños. El macho se detuvo y comenzó a temblar. Y aunque tu bisabuelo tirara con fuerza de su ronza, el animal se negaba a seguir avanzando, tirando también con fuerza a la zaga con la cabeza elevada. Resollaba ansiosamente. El bisabuelo lanzó una piedra grande al matojo y, de inmediato, se escuchó un chillido y un ¡ ayyy ¡ lastimero. Quiso comprobar quién había y le extrañó el no ver a nadie. Al día siguiente, una vieja del lugar, enlutada y desgredada, caminaba encorvada y coja con un bastón, tullida, colocando una de sus manos en el foco del dolor. Cuando la anciana se cruzó con tu bisabuelo, le echó una mirada tan endiablada que él jamás pudo olvidar sus ojos y, mucho menos aún, aquella mala mirada.*

Dicen las lenguas del pueblo, que la maldad la iban recibiendo los diferentes miembros de esa misma familia, de generación en generación, de una antecesora ancestral que se llamaba la Tía Casca.

Aquella noche, Pablito, antes de quedarse dormido, recordaba las palabras del abuelo. En su pensamiento tenía acumulados un sinnúmero de porqués sin resolver: *¿qué le podría haber pasado al macho del bisabuelo para no querer continuar el camino? ¡Qué extraño! ¿Quién habría dicho el “¡ay!” si, al mirar detrás del matojo, no había nadie? ¿Qué tendría que ver en la historia aquella vieja del pueblo que apareció coja al día siguiente? ¿Quién era la Tía Casca y por qué el abuelo le decía “tía”?...* Tras perder bastantes minutos de sueño, y más porque al día siguiente tenía que ir a la escuela, se quedó dormido y sus sueños volaron a un mundo fantasioso, donde él era un hado bienhechor portador de una varita mágica que utilizaba para ayudar a que se cumplieran los deseos de seres atormentados.

La casa de los Chueca es una de esas casas estupendas de Trasmoz, situada en la ladera de la colina rocosa coronada por el majestuoso castillo que en el pasado tuvo una importante labor defensiva. Consta de dos plantas y la baja; en la antigüedad, la baja se reservaba para el ganado, siendo en la actualidad la destinada a despensa y a bodega; en la primera es donde se hace la vida pues, allí, se encuentra la cocina, los dormitorios y el comedor con un inmenso ventanal que permite divisar el castillo, y, por último, en lo más alto, se encuentran la buhardilla que es el lugar donde, antiguamente, se guardaba el grano e, incluso, en algún rincón, las patatas, y las ristras de cebollas colgadas en trenzas, para que se airearan con el viento del Moncayo que penetraba por un ventanuco. Está construida con adobe, mampostería y ladrillo. Los muros son bastante gruesos para protegerse del invernol frío reinante en esos pueblos del Moncayo, cuyas cumbres más elevadas reciben las primeras nevadas temprano y suelen permanecer “canosas” hasta bien adentrada la primavera. La fachada de la casa está blanqueada; siendo su color uniforme con el de las cimas más altas. En el tejado lucen tejas amarillas mechadas de anaranjado, escrupulosamente ordenadas, un poco voladizas para evitar que los *goteriles* humedezcan las fachadas. Un balcón abarca, en gran parte, el hastial sur para aprovechar al máximo los rayos del sol, circunstancia por la que allí se encuentra colocado el tendal de secar la ropa.

Por este balcón, utilizando una soga, descolgaron en un capazo al padre de Pablito para llevarlo a bautizar a la iglesia. Era un mal augurio sacar por las puertas de las casas a los bebés antes de recibir el agua bendita del primer sacramento. Por ello, el abuelo Lucas quiso que así se hiciera, y fue él y un vecino del pueblo, los que iban recorriendo la cuerda, bajo la atenta y nerviosa mirada desde abajo del cura, de los invitados y de los familiares. Aquel día azotaba el aire del Moncayo y hacía frío; quizá éstas fuesen las causas por las que el niño tuviera un llanto incontenible. La que iba a ser su madrina, se aupaba lo más que podía y lo esperaba impaciente con los brazos abiertos, quedando aliviada en el momento en que, por fin, pudo alcanzar el cesto con sus manos. Pasada la ceremonia, limpia el alma del pobre bebé, fue entrado a la casa en el mismo capazo pero, ahora sí que lo hicieron por la puerta principal.

La puerta principal posee una piedra alargada monolítica como dintel. En ella se encuentra tallada la silueta de una culebra, - algo erosionada de tantos años a la dura intemperie - como símbolo protector de la familia, con la cabeza oblicua y mirando al suelo, en posición expectante para todo el que llame en la aldaba de la puerta. Los lugareños coinciden al decir que han escuchado de los antepasados del pueblo que, esta culebra, fue labrada por el que sería el tatarabuelo de Pablito, a fin de evitar enfermedades, muertes imprevistas de sus animales, grandes pérdidas económicas y otro tipo de desdichas que de forma repetida les estaban sucediendo. Dicha puerta es de tablones gruesos con algunas tachuelas de forja salteadas que sirven tanto de adorno como de sujeción de la madera. Una de sus hojas está fija y la otra queda dividida en dos partes que se abren hacia adentro. En la cara interior de la puerta, hay colgadas dos herraduras de seis agujeros por la creencia de que, con este número, se atrae a la buena suerte y se mejora en todos los sentidos. El suelo del patio está recubierto de pizarra negra de la zona; un suelo especial para evitar que, en la antigüedad, resbalasen las caballerías al sacarlas de la cuadra. Sobre la pared blanqueada, y por encima de un antiguo arcón del patio, destacan colgados dos ramilletes de plantas secas: uno de saúco y otro de ruda para ahuyentar a las brujas, a los *brujones* y a toda clase de malos espíritus.

A la mañana siguiente de haber tenido la conversación con el abuelo, Pablito se levantó muy contento para acudir a la escuela. Don Emilio, el maestro del pueblo, les había prometido que el último día de clase, antes de las vacaciones navideñas, lo dedicarían a escribir la carta a los Reyes Magos. Pablito todavía no sabía escribir sus

deseos, sólo tenía seis años y además recién cumplidos. Pensó que, aún sin su carta, los Reyes podrían dar respuesta a varios de sus buenos pensamientos que, algún día, le confesaría al abuelo.

Al salir de casa de la mano del abuelo, se encontraron con que había caído una buena capa de nieve que cubría las calles del pueblo. El pequeño marchaba ufano, en dirección a la escuela. Con fuerza flexionaba el brazo para levantar la cartera y evitar que la parte baja se rozara con la nieve y se humedecieran sus cartillas y cuadernos. De vez en cuando, Pablito volvía la cabeza y miraba hacia detrás con curiosidad.

- *¿Qué pies más grandes tienes abuelo; ¿A ver?* Y colocando uno de los suyos sobre la huella dejada por el abuelo, exclamó: *¡Bufff!*

El abuelo viendo el vaho que salía de su aliento al respirar y que todavía era más denso cuando hablaba, le preguntó,

- *¿Tienes frío, Pablito?*

- *No, abuelo, tú me das calor con la mano.*

El abuelo le dirigió una mirada tan dulce y tierna que dejó al desnudo completamente sus sentimientos.

- *Sabes, hoy, Don Emilio nos deja escribir una carta a los Reyes Magos.*

- *Pero, si tú no sabes escribir todavía, chicorrondón.*

- *Ya, pero puedo pensar lo que quiero y ellos que deben ser adivinos...*

Se hizo un silencio pero no demasiado prolongado ¡Eso si que entre ellos era algo de lo más imposible!

- *Tú ¿qué pedirías? A ti de chiquitín ¿te traían algo?*

- *Ahora los Reyes son más ricos y te traerán lo que pidas pero, antes nos teníamos que contentar con mandarinas, castañas, una "barrica" de turrón, ...*

- *¿Mandarinas? ¿Castañas? ¿Turrón?...*

Estas últimas palabras ya no fueron escuchadas por Don Lucas. Su cara se quedó ensombrecida cuando recordó el pasado, porque alguna nochebuena de su infancia...

Alguna nochebuena, en circunstancias muy extrañas, moría la mejor yegua de la casa sin padecer ninguna enfermedad. Por ello, la alegría de la festividad quedaba ensombrecida por el suceso. El padre de Don Lucas no encontraba ninguna explicación

lógica a qué era lo que podía suceder. Un día, el criado de casa de los Chueca propuso a su dueño que se quedaría a dormir por la noche en la cuadra. Llegaron la una, las dos, las tres, y nada. Pero a eso de las cuatro, escuchó unos ruidos provenientes de un ventanuco de la cuadra y vio cómo un gatuz negro entraba a través de los barrotes de la ventana. Se posó en el lomo de la yegua y alargando las patas delanteras de forma misteriosa, le abarcó y aprisionó el cuello. El criado, no dando crédito a lo que estaba viendo, cogió una horca de hierro de la cuadra y le atizó varios golpes con fuerza. El gato salió *escachillando*, dolorido y a tres patas. La yegua quedó tendida jadeante sobre el suelo, pero tuvo la suerte de ir recuperando poco a poco la respiración. De la noche a la mañana, una familia del pueblo no era capaz de entender el motivo por el que la vieja permanecía postrada en la cama, sin poderse levantar, por tener una de sus piernas rota.

Esta vieja de casa Cuconero que no pudo levantarse a la mañana siguiente, era hermana de aquella otra vieja que apareció tullida en el pueblo, encorvada y coja con un bastón, de la que el bisabuelo de Pablito no pudo olvidar su mirada hasta que le llegó la muerte. Y esta misma Casa de Cuconero es la que vio nacer, en un día de frío invierno, a la Tía Casca.

En realidad, el maleficio en la familia de los Chueca, había tenido su origen mucho tiempo atrás, ya en vida de Don Jerónimo, tatarabuelo de Pablito. Y ocurrió de la siguiente forma:

Un día, Don Jerónimo Chueca subió sus ovejas –para que pacieran- al campo de Caparruso, situado en la ladera de una montaña. Al estar bastante avanzado el verano, allí, en esas altitudes de la Sierra del Moncayo, la hierba es mucho mejor; más verde, fresca y fina que la de los campos cercanos al pueblo. Dejó el ganado solo y se adentró en un bosquecillo para cortar una carga de leña de coscoja y de melojo que bajaría con el macho al pueblo y que haría buena honra en el invierno. De pronto, escuchó una voz que maldecía a la familia Chueca. Se apresuró y bajó. Siete de sus ovejas estaban pastando en el campo colindante. El dueño del campo, de casa de Cuconero, no soportaba que: *“ las tuyas ovejas se coman lo de las mías “*, *“ que no me haces caso, que no las quitas, ¡ pos a güen precio lo pagarás !”* Y por ello, no cesaba de increpar y de seguir maldiciendo a cada miembro de la familia Chueca, sin olvidar a ninguno. El perro pastor que parecía haberse confabulado con el pensamiento del amo, en lugar de devolverlas a su sitio, las adentró todavía más al campo de Cuconero. Don

Jerónimo echó una carcajada espontánea por la reacción de su perro, encendiéndose todavía más la cólera del Cuconero, que lo llevó a perder el juicio y los nervios con palabras desmedidas y disparatadas. La ira lo tenía desencajado, estaba totalmente fuera de sus casillas. De su boca de víbora iba surgiendo el veneno de una maldición detrás de otra. A la mañana siguiente, cuando Don Jerónimo abrió la puerta del aprisco, se encontró con que siete de sus mejores ovejas y, además todas preñadas, estaban patas arriba.

Y éste fue el comienzo de unas pinceladas más o menos intensas de desventuras que iban acompañando a la familia, y esta situación ha durado hasta la generación del padre de Pablito en la que, por fin, han desaparecido este tipo de fatalidades endiabladas.

Don Jerónimo había escuchado de la gente del lugar que, la única forma de evitar que los animales murieran en circunstancias extrañas, sería encontrando una piedra triangular o circular con un agujero en el centro y colgarla en las puertas de salida de cuadras, apriscos, conejeras, gallineros,... Con ella, los animales se fortalecerían y repelerían los poderes maléficos. Tenían mayor poder las piedras que, con fortuna, se encontraban con el agujero hecho de forma natural frente a aquellas que había que realizarlo a mano. Así es que, cada vez que Don Jerónimo iba de pastor a campos que se encontraban próximos al río Huecha o a barrancos que bajan escarbando las laderas del Moncayo, pateaba los sotos de arriba abajo, en busca de la piedra milagrosa. Por la elevada dificultad, tardó bastante tiempo en encontrar una. Su forma era triangular y tenía el centro comido por el óxido de la herrumbre disuelta en el agua. Antes de la hora habitual, regresó a casa contento. Tan pronto como encerró al ganado, la colgó encima de la puerta, con el vértice más puntiagudo hacia abajo porque se decía que, de esa forma, se canalizaba mayor cantidad de energía hacia el cuerpo de los animales. A partir de entonces, las muertes inexplicables de los bichos desaparecieron.

Para esto, encontró el remedio pero para otras cosas, ... para otras cosas, no. Seguían sometidos, a dos por tres, a toda una serie de ilógicas malas rachas.

Pero sigamos con el abuelo y Pablito...

Era una mañana limpia y soleada. La nieve por la unión de todas las irisaciones juntas, adquiría la tonalidad de blanca resplandeciente. El abuelo, con un botijo en la

mano, esperaba a su nieto para subir a una fuente de encima del pueblo que mana las aguas puras y frescas de las cumbres del Moncayo. Está ubicada en un montículo desde el que se divisan todos los tejados del pueblo, con sus abundantes chimeneas que, como si fueran peones, parece que están dispuestas a echar una partida de ajedrez, intentando matar a la Torre del Homenaje del castillo, que se muestra majestuosa y altiva en la cumbre de la colina. Para llegar al manantial, hay que coger un camino que se mantiene en perfecto estado por el esfuerzo y esmero de los trabajos vecinales. El matorral de uno de los lados está recortado para que no se adentre hacia la senda y, en el otro lado, luce airosa una pared, con una buena selección de piedras que terminan en punta en el último cuarto de la zona superior.

Por fin apareció Pablito, con un pasamontañas que le cubría la cara y que apenas le dejaba ver sus ojos.

- *¿Vamos, abuelo?*
- *Ya veo que vas bien abrigado. ¡Vamos!*

Para tomar el camino del montículo, el abuelo hizo el habitual desvío del recorrido en el interior del pueblo. Evitó la calle del Viento, donde está casa de Cuconero.

- *Abuelo, ¿por qué no vamos por esta calle y así llegaríamos antes al camino de la fuente?*

No era la primera vez que Pablito le hacía esta pregunta, ni tampoco la primera ocasión en que el abuelo le daba la misma respuesta.

- *Pues, porque no me gusta nada pasar por delante de la puerta de aquella casa.*
- *Y ¿por qué, abuelo?*
- *Ahora ya está deshabitada. Su tejado comienza a desplomarse por culpa de las goteras, pero en la antigüedad...*
- *En la antigüedad, qué.*
- *Demasiadas cosas malas, pequeño.*

El ascenso del camino lo hicieron parando cuatro o cinco veces para descansar, y poder mirar, desde diferentes perspectivas, el castillo de Trasmoz.

Por influencia del abuelo y desde bien pequeño, la mirada de Pablito se ha sentido atraída por las colinas rocosas que están coronadas por castillos legendarios. Entre sus almenas, torres, murallas, matacanes y muros semiderruidos sopla el viento del Moncayo, orgulloso, cantando estrofas en cada uno de sus pueblos dispersos en su somonte: Grisel, Añón, Vera, Trasmoz, Litago, Lituénigo, Los Fayos,...; estrofas de las diferentes hazañas ocurridas en tiempos del pasado. Son castillos desde donde sus gentes se defendieron de los ataques de los reinos vecinos, de Navarra y, ante todo, de la poderosa y temida Castilla. Pero, a veces, el aire del Moncayo se calla, y con su silencio, nos manifiesta que también se produjeron períodos de calma, como el que surgió tras el matrimonio de los Reyes Católicos, con cuya unión quedaron hermanadas las tierras de Aragón y las de Castilla. Y fue entonces, cuando sus ventanas aspilleradas y murallas defensivas dejaron de ser amenazas para los atacantes y, fue entonces, también, cuando cada vertiente del Moncayo dejó de ser guardaespaldas de sus pueblos repartidos en su piedemonte. En aquella época, todas las sendas del Moncayo se unieron con un lazo que ensambló los cuatro puntos cardinales.

La baja temperatura y la humedad de la fuente habían ido cubriendo de hielo las hierbas que estaban a su alrededor, como si fuesen estalactitas, formando delicados carámbanos. Aunque el día fuese soleado, el aire frío y seco del Moncayo calaba hasta los huesos. Esto no impidió que Pablito pidiera agua al abuelo. Éste le sujetó el botijo y le colocó el pitorro en la boca. Pero, aunque el abuelo hiciera fuerza para quitárselo enseguida - porque el abuelo sabía que el agua recién cogida estaba sumamente fría y podría sentarle mal -, Pablito lo impedía, echando las dos manos con fuerza - como en un abrazo - sobre la parte superior del cuerpo del botijo.

A la bajada de la fuente, Pablito, intentaba ir pisando sobre sus propias huellas marcadas en la nieve, sintiendo la extraña sensación, y para él curiosa, que se nota cuando se camina con el pie cambiado. La humedad había traspasado por las costuras de sus botas y sus pies estaban mojados desde hacía un buen rato.

- *Abuelo ¡cuánto humo sale de las chimeneas del pueblo y de la de nuestra casa también!* – señaló el chaval, apuntando de forma rápida con su dedo índice a varias de las chimeneas del pueblo casi sin detenerlo.

- *¿Sabes una cosa, Pablito? las brujas entraban en las casas por las chimeneas y, aquí, en Trasmoz, se decía, chicorrondón, que el humo las ahuyentaba. Por eso, en invierno era muy raro que entraran en el interior de las casas.*
- *¿Y se espantaban con el humo? ¿y las brujas se iban volando en las escobas, yayé?*
- *Eso sólo ocurre en los cuentos, pequeño. Las brujas y brujos reales caminaban sobre la tierra haciendo el mal. Con la maldad y el poderío que tenían no les hacía falta escoba.*

A los ojos de cualquiera, y sin necesidad de entrar en las cocinas, se adivinan unos humildes fogariles debajo. Sus construcciones son de ladrillo, de una extremada sencillez, para evitar que se concentre demasiado peso en una superficie pequeña del tejado. La cal que las blanquea está bastante ennegrecida de tanto aguantar los humos y el hollín de las fogatas, pero, aún así, destacan sobre el amarillo anaranjado de las tejas del tejado.

Pero lo que de verdad ha llenado de curiosidad al abuelo, y aún más que de curiosidad, de incertidumbre, son las grandes humaredas que siempre han salido a través de la chimenea de Casa de los Cuconero donde antiguamente vivió la Tía Casca. No ha cesado de hacerse varias preguntas, a las que nunca ha logrado darse una respuesta convincente. Desde que tuviera unos pocos años más que Pablito, el enigma del por qué salía tanto humo de la chimenea ha quedado encerrado en sus pensamientos, siempre pululando en el aire de su incertidumbre. *¿Para qué necesitarían hacer tanto humo aquellos brujones? ¿Cómo se iban a atrever otras brujas con ellos si eran más malos que un fuerte dolor de muelas?* Le daba tantas y tantas vueltas a la cabeza que llegó a pensar que, tal vez, el motivo fuera el quererse liberar de otras brujas con más poder que ellos, y que también pudieran vivir sumidos en el miedo y en la angustia que produce la impotencia frente a los actos de seres más malvados que los malvados. Fuera lo que fuese, lo que sí es cierto es que cuando Don Lucas era pequeño, recuerda haber escuchado en boca de su padre, alguna desgracia que había ocurrido a la familia de los Cuconero. En una ocasión, se les quemó todo el cereal del granero y a duras penas pudieron pasar el resto del año con las pocas reservas de lo que tenían guardado en un cuarto del interior de la casa; otra vez, uno de los hijos se negó a comer de forma radical; cuando veía la comida no cesaba de llorar y si lograban meterle a la fuerza algo en la boca, lo vomitaba enseguida. Así es que parece ser que tampoco podían vivir tranquilos. Además, los Cuconero, tenían escasa relación con el resto de la gente del pueblo porque

eran tachados de malas personas, de coléricos, envidiosos y endiablados. En definitiva, lo que le ocurría a Don Lucas era que navegaba en un mar de dudas pues, de acuerdo a su opinión, las brujas y los *brujones* ponen el mal en el camino de otros, alejándolo de sus propias vidas y de las de los seres queridos y, sin embargo, los miembros de esta familia, calificados de *brujones*, también vivían situaciones en las que lo pasaban canutas.

Dos días después de haber subido a la fuente, ya pasado el mediodía, Pablito aún no se había levantado. El abuelo lo echó en falta enseguida por lo que cundía por la casa. Fue a su habitación y lo encontró todavía metido en la cama. Abrió la ventana de par en par y le dijo:

- *Venga, chicorondón, que hoy se te han pegado las sábanas.*
- *No me encuentro bien, abuelo.*
- *¿Qué te pasa?*
- *No lo sé, tengo frío.*

El abuelo posó sus labios sobre la frente del chiquillo para comprobar la fiebre, no sin antes haberse despegado y quitado la colilla de la boca.

- *Ahora te voy a traer el desayuno bien “calentico” con algún lamín de chocolate.*
- *¡No, no y no! ¡No quiero nada, yayé!*

Al saber lo laminero que era, esa respuesta con negación repetida y con tono enfadado, totalmente inusual en Pablito, le extrañó mucho al abuelo. Y esta negativa fue la que lo acercó a una preocupación que había vivido él siendo un chaval pero, en este momento, era muchísimo más intensa, porque a su nieto lo quería por encima de todos, más que a nadie en el mundo. Sus ojos no tardaron en eclipsarse cuando su mente retrocedió al pasado y llegó a los recuerdos en los que su madre sufrió lo indecible. Ahora comprendía de verdad el padecimiento de su madre por dos de sus hijos que no querían comer. Y más, cuando tras la visita, el médico dijera a su madre que era un fenómeno raro, que no presentaban ninguna causa aparente, ni siquiera fiebre, para estar tan inapetentes.

Y ocurrió que un día, de buenas a primeras, de los once hermanos que tenía el abuelo, los dos más pequeños se negaron a comer

Corrían los años de la guerra y los momentos eran difíciles, con mil penurias económicas para salir adelante. Lo más frecuente era ver en el interior de los platos farinetas de maíz, patatas deshechas con sebo, sopas de pan, ... y eso en el mejor de los casos porque, muchas veces, sobre la mesa no se ponían ni platos; simplemente una tajada de pan de una gran hogaza con una *chulla* de tocino o rociada con aceite o empapada de vino y con azúcar encima. La madre de Don Lucas siempre buscaba lo mejor para sus dos hijos pequeños en donde tan apenas tenía nada donde elegir. La inapetencia de ambos llegaba a tales extremos que, en cualquier momento, se podía esperar lo peor. Lo poco que conseguían tragar, les producía arcadas y si les llegaba hasta el estómago y les hacía asiento, eso era casi de puro milagro.

Pero, de igual forma que ocurrió que de repente sus dos hermanos pequeños dejaron de comer, llegó otro día en el que también, de buenas a primeras, empezaron a comer con normalidad bajo el asombro y la alegría inmensa de la madre. El mismo día que los dos hermanos más pequeños de Don Lucas se llevaban la cuchara a la boca con un buen caldo de gallina, sonaban las campanas de la iglesia del pueblo, llamando al entierro de Doña Josefa de Cuconero (tataranieta de la Tía Casca)

En realidad parece ser que, lo que le ocurría al abuelo era que este recuerdo del pasado lo tenía tan enraizado que lo estaba condicionando sobremanera de por vida, cuando, en realidad, la vida tiene momentos difíciles para todos, que se evaporan o desaparecen cuando menos lo esperas.

Coincidiendo con las fechas navideñas, había venido al pueblo una sobrina de los Cuconero, en concreto la heredera de la casa, acompañada de su hija Sara. Como vivían en Zaragoza y estaban cerca, de vez en cuando se daban alguna vuelta para ver el estado en que se encontraba su casa. Pablito y la niña, prácticamente de la misma edad, habían hecho muy buenas migas y jugaban animadamente sobre un montón de arena en la plaza, bajo la atenta mirada del abuelo, que se había sentado en un banco orientado hacia el sur, aprovechando como respaldo el muro de la iglesia. Aunque ya hacía bastante tiempo que los males se habían alejado de la familia Chueca, al abuelo no le hacía ni pizca de gracia que su nieto jugara con la niña, no fuere a ser que...

No fuera a ser que algún miembro de la familia, antes de morir, hubiera transmitido a la niña su poder maléfico, tomándola de las manos. Sumido en este pensamiento, le asaltó una inquietud incontenible ante la idea de que hacía tan solo cinco días que Pablito había estado jugando con la niña, y no era normal – pensaba – que no le apeteciera ninguna laminería con lo que le gustaban las golosinas. Así es que, bajó las escaleras de la casa más deprisa de lo que le permitían las piernas, en busca de la madre de Pablito. La encontró en el gallinero, cogiendo los huevos de los ponederos. Nervioso y apesadumbrado le explicó lo de su nieto. La nuera intentó calmarlo con palabras de consuelo; unas palabras que quedaron vagando en el aire y que no llegaron a alcanzar los oídos del abuelo porque regresaba raudo a la habitación del nieto para estar, de nuevo, a su lado.

El médico llegó enseguida; no obstante, al abuelo los minutos se le habían hecho horas. Después de que el médico comprobara que el chaval tenía fiebre y no unas décimas, sino dos grados sobrepasados, le introdujo una espátula en la boca para bajarle la lengua y con una luz dirigida al fondo, le revisó la garganta. Cuando terminó el reconocimiento, dijo que tenía la garganta muy irritada, llena de placas, y muy, muy inflamada, tanto que, incluso, la campanilla le cerraba casi el paso del velo del paladar. Como toque final añadió que, sus amígdalas parecían nueces en lugar de almendras, y que eran de las más espantosas que había visto nunca.

- *¡Menos mal!*

Contestó el abuelo con tono pausado y tranquilo tan pronto acabara de hablar el médico.

- *¿Menos mal, abuelo? ¿Te parece que estoy poco enfermo?*

Replicó el pequeño con aire recriminador, fruto de no entender absolutamente nada y de sentirse sumamente enfadado.

La irritación de Pablito al escuchar la respuesta del abuelo fue tan morrocotuda que el color mermado de su piel, por el proceso febril, se transformó en un rojo carmín que le encendía la cara.

- *Deberías tenerlas tú y ya verías.*

Añadió el pequeño Pablo con voz elevada, excitada por la rabia contenida contra el abuelo.

- *Ya te advertí que el agua tan “fresquica” que bebiste del botijo...*

Concluyó el abuelo con voz aún más sosegada. A su vez, le dirigió una sonrisa y una caricia que recorrió toda su cara y que acabó en su moflete, cogiéndole un pequeño pellizco. Más tarde, su mano se deslizó sobre la frente del pequeño para apartarle el flequillo lacio que le caía en los ojos, quizás, por los movimientos agitados a consecuencia del enfado.

Cuando la fiebre bajó, Pablito, aprovechándose bien de su estado convaleciente, pedía al abuelo que, a escondidas, le trajera chocolate. Su madre se lo tenía racionado porque le quitaba la gana. Tan pronto como oían descorrer el cerrojo de la puerta de la casa, el abuelo atisbaba por la ventana y cuando veía que su nuera estaba en el gallinero, en los corrales o las conejeras, iba medio a hurtadillas al armario de la cocina, cogía la tableta de chocolate y le partía varias porciones al chicorrondón.

Don Lucas permanecía largos ratos sentado en el sillón de mimbre, cerca del nieto para cuidarlo y hacerle compañía. Coincidió que cuando le asaltaba el sueño, entornaba un poco los ojos y se quedaba un rato traspuesto, a Pablito siempre se le antojaba algo.

- *Abu, abu, abu. Abuuuu.*
- *¡Qué susto! ¿Qué quieres ahora?*
- *Claro, y luego dices que por las noches no duermes. Ayer me empezaste a contar lo de la cueva de las brujas y lo de las reuniones que hacían junto al castillo, pero como llegó el médico ya no seguiste. Y es que me gustaría saber si las brujas de casa de Cuconero también iban a esa cueva.*
- *Ah, sí, lo de la cueva de Los Fayos.*
- *¿De Los Fayos?*
- *Si, de Los Fayos, que es un “pueblocico” que, andando monte a través, no queda demasiado lejos de aquí.*

El brazo del abuelo rotó para ubicarle el pueblo y, a su vez, los ojos de Pablito siguieron el movimiento dando media vuelta, formando como una semicircunferencia.

- *La cueva de Los Fayos es una gruta no demasiado grande, situada junto a las casas del pueblo. Tiene una galería en el interior que va formando recovecos. En ella, en la antigüedad, vivieron personas que no tenían casa, e incluso se cuenta que la*

habitaron un gigante muy forzudo y su hermana. Se dice que después, allí, al menos una vez al año, se reunían las brujas y los brujos de varios valles para refugiarse de la intemperie y que con sus palabras mágicas, sus hechizos y maldiciones despertaban a los murciélagos que entran en busca de oscuridad. Con voces tenebrosas realizaban sus conjuros haciendo fallar los radares de los pobres bichos, por lo que volaban desorientados, muy nerviosos y alocados, dándose fuertes golpes contra techos y paredes y cayendo medio groguis por los suelos. Allí se juntaban brujas y brujones de mediana edad y mayores, dominando las viejas enlutadas con sayas largas y pañoletas negras ajustadas que les cubrían la frente y parte de los pómulos del rostro. Estas pañoletas les dejaban asomar, únicamente, una pequeña parte de su cara enjuta en la que, por algún motivo, destacaba una nariz sumamente fea, bien por pinchuda, aguileña, afilada, amoratada, con verrugas,... y algún mechón encrespado de sus cabelleras desgreñadas. Normalmente, eran ellas las que mayor poder maléfico tenían y las que se encargaban de enseñar sus trucos, astucias y poderes a los brujones y a las brujas más jóvenes con poca experiencia. Las brujas mayores eran las que contaban hechos y casos de lo más escalofriantes. Por cierto, Pablito, para dar respuesta a tu curiosidad, todo el pueblo pensaba y hacía comentarios de que las brujas de Cuconero no se perdían las reuniones que allí se hacían. Y mucho menos, las que se realizaban en el interior o bajo los muros del castillo de Trasmoz, en donde se reunían todas las brujas y los brujos de los pueblos del Moncayo y, aún es más, Chicorrondón, se dice que venían hasta de fuera de España..

Pablito cada vez escuchaba con menos atención, manteniendo, con mil apuros, los ojos abiertos porque le acechaba el sueño por efecto de la medicación.

- *Oye, abuelo, ¿y se quedaban mucho rato en el interior de la cueva o por los alrededores del castillo?*
- *Pues mira, Pablito, a eso del atardecer, en el interior de la gruta o en las cercanías del castillo, encendían una hoguera. Cuando la leña había formado suficiente brasa y las llamas decrecían al haberse consumido los troncos, se cogían de las manos y, formando un corro, rodeaban la fogata. Cada uno se desprendía de una prenda y, una a una, las iban tirando al interior de la hoguera. Se arrojaban pañoletas, pañuelos, calcetines, ligas, medias, abarcas e incluso, los más atrevidos tiraban los calzones y las más decididas, sus refajos. La prenda que más petardeaba en el fuego seleccionaba al que sería el rey o la reina durante todo el año.*

- *¡Ahí va! ¿También había entonces reyes y... reinas, yayé? ¿Y eran como los que vemos... por... la... televi...sión?*

Preguntó con voz apagada y débil y con tono decadente.

- *Por Dios, pequeño, ¿se te ocurre cada cosa! Escucha que ya acabo enseguida, y a ver si luego te quedas dormido porque dentro de pocos días se acaban las vacaciones y debes estar bien curado para acudir a la escuela. Hala, pues que siga. ¿Dónde llegaba, chicorondón? Ah, sí... pues, el brujo o la bruja cuya prenda había zumbado con más fuerza al entrar en contacto con la hoguera tenía que preparar un brebaje con la mezcla de varias hierbas. Solían utilizar muérdago, sobre todo sus bayas blancas, ortigas en flor, las hojas de la planta de los tomatitos del diablo, hierba dormidera,... una serie de plantas que solían traer en sus bolsillos preparadas o que, entre todos, recogían por los alrededores de la gruta o del castillo. Con esa pócima hecha de hierbas bien hervidas, se iban llenando pequeños botellines que cada uno utilizaba para los fines que quisiera; no cabe duda de que todas las finalidades serían diabólicas.*

Este final ya no llegó a los oídos de Pablito. Su respiración era ya profunda y acompasada al haberse quedado dormido. El abuelo lo arropó, cubriéndole, ante todo, las anginas. El acostumbrado beso suave de buenas noches sobre su mejilla, hizo que arrugara la nariz y la frente como cuando a uno le camina una mosca por la cara.

Una vez que Pablito se hubo recuperado, y aprovechando sus últimos días de vacaciones, el abuelo lo llevó al mercado de la plaza de San Miguel de Tarazona. Al regreso, tomaron la carretera de Borja, en lugar de la comarcal que lleva directamente a Trasmoz, para poder adentrarse en el pueblo de Grisel. Eran incontables las veces que, al llegar al cruce, el abuelo tomaba el desvío para adentrarse en él. Este pueblo, vecino del suyo, le acercaba los recuerdos más tiernos de su vida: la relación de noviazgo con su esposa, la enramada que le colocó en su balcón para declararle su amor, con las flores que podía ofrecerle tímidamente el Moncayo en el mes de febrero (una ramita de almendro florida, mechada con primulas, violetas, margaritas y verónicas azules de los prados), los miles de paseos con su amada por mil caminos diferentes cogidos de la mano, los besos y abrazos de amor de los que fueron testigos las murallas del castillo, el día de su boda en la iglesia de Ntra. Sra. de la Asunción ubicada en la plaza, y un sinfín de recuerdos, que los tenía guardados como oro en paño en su memoria.

Una estrecha carretera zigzagueante los adentraba al pueblo, con la única compañía de varios almendros todavía desnudos y de tomillos, aliagas, romeros y lavandas, también desvestidos, a lo largo de las cunetas. Los campos verdeaban, con un color mucho más oscuro el del trigo que el de la cebada, dando la sensación a la vista de un mar de sementero ondulado por las caricias del aire.

Las fortalezas siempre han atraído la atención y la mirada de Pablito, y en su pensamiento ha imaginado batallas desde sus ventanas, torres y almenas, con lanzas, alabardas, ballestas, dagas y otros tipos de armas arrojadas; luchas en las que, en la mente del chaval, siempre acababan victoriosos los aragoneses frente a los enemigos que, desde Soria, atravesaban por diferentes rutas las laderas del Moncayo.

Una vez que el abuelo estacionó el coche en la plaza de la iglesia, el chiquillo observaba el castillo con una fuerte inclinación de su cabeza en el sentido del cielo. Se asienta en lo alto de Grisel, enhiesto, con sus torres redondeadas, y con sus enormes sillares colocados como obra de fornidos, o mejor, de titánicos superhombres.

Más tarde, como verdaderos viandantes de mil caminos diferentes, cogidos de la mano, se dirigieron por la calle principal que lleva a los extrarradios del pueblo. Desde allí, iban divisando los bancales de los campos, acondicionados sobre 1.880 para ganar terreno cultivable en las faldas del Moncayo; bancales humildes y estrechos, separados unos de otros por paredes de piedras perfectamente colocadas que, y sin ningún tipo de argamasa, perduran sin desplomarse.

Y, de vez en cuando, entre esta enorme cantidad de piedras, destacan, vistosas, las casillas de pico, redondas, sin adobe ni argamasa, con la única técnica constructiva de una piedra sobre otra, añadiéndoles como nexos en cada una de sus hiladas, una buena dosis de maestría y paciencia, y aún en mayor medida, cuando esas manos constructoras realizaban las cúpulas. Allí, como testimonio de la economía del pasado, quedan esos bancales, alargados, donde el cultivo de la vid, dio paso al del cereal. Sin embargo, en la actualidad, estos terrenos han sido colonizados por abundantes hierbas aromáticas, como los tomillos, lavandas y romeros,... además de algún arbusto, como endrinos, enebros y otros espinos.

Veintinueve años después...

Ha comenzado la primavera. Le da la bienvenida un chaparrón que ha descargado el negro de las nubes repentinamente, para después lucir un sol radiante. Los rayos - que asoman con fuerza cuando se escapa alguna nube que ha quedado dispersa - lamen la humedad de las losas de la calle. Un gran arco iris abraza a Trasmoz con sus manos bien ancladas: una de ellas, posada en el somontano, y la otra, como buena escaladora, tocando una de las cimas del Moncayo.

Por supuesto, el pueblo está más deshabitado que en los tiempos del abuelo Lucas ¡por desgracia, cómo van cambiando los tiempos con el “homo-urbano”! Algunas casas amenazan ruina con los abombamientos de sus tejados; otras, sin embargo, ya no la amenazan; han caído y conservan únicamente los troncos esqueléticos y tambaleantes de madera que servían de vigas; y otras, como la de los Chueca y la de los Cuconero, han sido reconstruidas y, todavía no ha transcurrido el tiempo necesario para que los humos de las largas tardes de invierno hayan ennegrecido las chimeneas encaladas.

Pablo regresa del trabajo. Deja su maletín y la chaqueta en la percha del patio, situada exactamente en el mismo lugar en que, tiempo atrás, colgaran los dos ramilletes secos de saúco y de ruda que espantaban a las brujas. Se acerca al hueco de la escalera para llamar a su esposa. No contesta. Pero no estará lejos – piensa Pablo, porque por ellas baja el aroma de los guisos de la cocina y de las “culecas “ que, desde pequeño, tanto le gustan de postre.

Pablo, con el botijo en la mano, se adentra hacia la calle del Viento. En el balcón de la última casa está su esposa, colocando varios tiestos de geranios hiedra que se enredarán y asomarán floridos a través de los barrotes de forja del balcón, dando colorido a la casa de Cuconero que para Sara, su heredera, tanto sentimiento encierra.

Hoy, especialmente, hoy, Pablo encuentra a Sara preciosa. Su pelo recogido con dos trenzas tiradas hacia la espalda, le agracian y dejan al descubierto su cara angelical. Y quizás, todavía más que por el peinado, su semblante seráfico se deba a su estado de buena esperanza.

Y aquí, a esta zona del Moncayo, en donde algunos años las nieves cubren las calles antes de que comience el invierno, donde los carámbanos que se forman en las orillas de los barrancos son centinelas de las aguas frescas y puras que bajan de las montañas, donde en los altos peñascos se escuchan los graznidos lastimeros de las chovas de pico gualdo, donde las primulas, las hepáticas, los narcisos y las orquídeas van dando matices vistosos y alegría a las praderas, donde se exhiben majestuosamente los montes canos estando avanzada la primavera, donde los castillos defensivos se yerguen orgullosos y enhiestos en las cimas de las colinas, donde los campos abancalados hicieron productivos los suelos de aliagas y cardos, donde las casillas en pico graciosamente diseminadas entre las paredes de los campos con magníficas cúpulas en la techumbre, nos acercan la maestría de unas manos más que perfectas para la colocación de la piedra, donde las chimeneas de las casas juegan al ajedrez con las torres de los castillos, donde nace el aire fresco que sopla en Zaragoza, donde Bécquer se recreó y creó una gran parte de su obra, embrujado por sus pueblos, por sus gentes y paisajes... a este rincón, vecino de tierras sorianas, es a donde don Pablo vuelve sus ojos con un especial cariño: en definitiva, los mira, hacia los más tiernos e indelebles recuerdos de su infancia vividos junto a su abuelo.